

§ II.—SU CARÁCTER.



Es muy exigua nuestra información respecto de la vida de Bernal, lo es mucho más relativamente á su carácter. Para reconstruir éste, sólo disponemos de unos cuantos detalles aislados que encierra la *Historia Verdadera*. Debemos, sin embargo, conformarnos con ellos, si queremos conocer al autor de una manera completa. Indudablemente que nos importa saber quiénes fueron sus padres, qué lugares recorrió y cuáles hechos ejecutó; pero no nos interesa menos descubrir sus sentimientos, ideas, concepciones generales acerca de la humanidad y creencias religiosas: su alma, en una palabra. Consiguientemente, procuraremos establecer, hasta donde nos lo permita la escasa cosecha que alcancemos en la *Historia Verdadera*, cuáles fueron los sentimientos, cuál la instrucción, cuál la filosofía, cuál la religiosidad del autor.

Desde luego, nos induce á pensar que recibió en el seno de su familia una educación moral, sana y sólida, el hecho de que, recién venido á América, no se quedó “reçagado En los muchos vicios que auia en la ysla de cuba,” á pesar de las necesarias incitaciones de su plena juventud.

Como hombre, el autor llenaba la condición primera de todas las virtudes, porque sabía amar á su prójimo. Le vemos, de esta suerte, tratar con llaneza á sus iguales, no despreciar á sus inferiores ni envidiar á sus superiores.

Bernal casi nunca menciona á un compañero suyo, capitán ó simple soldado, sin tributarle algún elogio, complaciéndose más en hablar de las cualidades que de los

defectos, los cuales sólo apunta en caso de necesidad imprescindible. Por esto le oímos llamar frecuentemente á los conquistadores de la Nueva España buenos jinetes, ó prestos en las armas, bien proporcionados, pulidos, francos, valerosos, esforzados, principales, preeminentes, etc., y muy hermosas, ó muy honradas, á sus mujeres. Para sus amigos, Bernal era cariñoso en extremo y adicto hasta la abnegación; lloraba á Cristóbal de Olea cerca de medio siglo después de muerto, y por acompañar á Gonzalo de Sandoval, renunció á una vida tranquila y á ricos pueblos de encomienda, prefiriendo exponerse á nuevos peligros y continuar pobre y empeñado.

A causa de que los naturales de América eran gente idólatra y de civilización inferior á la de los castellanos, éstos, inclusive tal cual insigne prelado, les vieron comúnmente como á seres “mas semejantes á bestias feroces que á criaturas racionales,”¹ y es lo cierto que les estimaron “en menos que á bestias,”² pues “eran tenidos los perros en harta más estima que no los indios, é más valían,”³ ó según manifestaba el Virrey don Martín Enríquez á su sucesor don Lorenzo Suárez de Mendoza, “mas cuidado tienen de sus perros que no dellos.”⁴ En general, los españoles

1 El Obispo don fray Juan de Quevedo. En fray Pablo de la Purísima Concepción Beaumont. Crónica de la Provincia de los Santos Apóstoles S. Pedro y S. Pablo de Michoacán. México. 1873-74. Tomo II, pág. 128.

2 Fray Toribio de Benevente ó Motolinía. En Colección de Documentos para la Historia de México, publicada por Joaquín García Icazbalceta. México. 1858-66. Tomo I, pág. 18.

3 Carta que escribieron varios Padres de la Orden de Santo Domingo, residentes en la isla Española, á Mr. de Xevres, con fecha 4 de junio de 1516. En Colección de Documentos Inéditos relativos al descubrimiento, conquista y colonización de las posesiones españolas en América y Oceanía. Madrid. 1864-84. Tomo VII, pág. 404.

4 En Instrucciones que los Virreyes de Nueva España dejaron á sus sucesores. México. 1873. Tomo I, pág. 57.

de aquella época, rudos y crueles por herencia, ignorantes y fanáticos por educación, pensaban que sin pecar contra la humanidad ni contra Dios, podían desposeer de sus bienes y tierras á los indios, quitarles á sus mujeres é hijos, "matarlos, cautivarlos;"¹ "no podían persuadirse que tenían alma racional, sino quando mucho, vn grado mas que micos, o monas, y no formaban algunos escrupulo de cebar sus perros con la carne dellos, tratandolos como a puros animales." Así se expresa un español muy patriota, el reverendo maestro fray Benito Peñalosa y Mondragón, en una obra que destinó á encomiar entusiastamente á los de su raza.² Pues bien, Bernal fué resueltamente humano y caritativo para los indígenas. Su riña con Diego Godoy, escribano real, tuvo por origen haber exigido éste al capitán Luis Marín que herrara á varias indias aprehendidas en Tecomayate y Ateápan; opúsose con energía el autor alegando que era una injusticia, porque se había ofrecido devolver esas indias á sus deudos, si venían de paz, y los deudos estaban allí, confiados en la promesa; no cejó Godoy; insistió el autor, y "tuvimos grandes debates y palabras y avn cuchilladas que Entrambos salimos heridos hasta q̄ nos despartieron y nos hizieron amigos y el capitan luys marin Como Era muy bueno E no era malignoso E vio q̄ no era justo hazer mas de lo q̄ le pedi por md mando q̄ diesen todas las mugeres y toda la mas gente q̄ estaba presa a los caçiq̄s de aq̄llos pueblos y los dexamos en sus casas y muy de paz." Nombróse á Bernal, años más tarde, juntamente con el beneficiado Benito López, depositario del hierro de marcar esclavos perteneciente á la villa de Espíritu Santo: mas como los vecinos se daban mucha prisa para herrar indios y lo hacían de una manera injustificada, "muy secre-

1 Carta citada de varios Padres dominicos, pág. 401.

2 Libro de las cinco excellen^{cias} del español que despveblan a España para sv mayor potencia y dilatacion. Pamplona. 1629. Fol. 39 fte.

tam^o quebramos el hierro sin dar pte dello al alcalde mayor ni al cabildo;" los vecinos se enojaron en sumo grado, naturalmente, luego que lo supieron: decían á Bernal y á Benito que eran "malos rrepublicanos," porque no ayudaban á la villa y "que mereçiamos ser apedreados y todo lo que dezian nos reyamos y pasabamos por ello y nos preçiamos de aber hecho tan buena obra." Bernal trataba de una manera inmejorable á los indios de los pueblos de su encomienda, por lo cual "en todas partes" le loaban, y aun los religiosos dominicos, tan severos y exigentes, le ponían de modelo á los demás encomenderos: se podía afirmar que no había otros pueblos donde los indios recibieran mejor trato ni pagaran menos tributo. Digno era, en verdad, el autor, de pertenecer al selecto gremio del immaculado don fray Bartolomé de las Casas, "padre y defensor destos proves yndios," como el mismo Bernal le llamaba.

Para no mutilar la verdad histórica, se vió obligado el autor á hablar de los defectos de Cortés, que tanta influencia tuvieron en la conquista de la Nueva España. Solís, que deliberadamente quería hacer apología y no historia, y que por lo mismo sólo aceptaba las cualidades, osó escribir que la ruin pasión de la envidia andaba muy descubierta entre los renglones del libro de Bernal: Solís trataba así de nulificar la *Historia Verdadera*, á fin de que no fuese contrapuesta á su propia obra. Repitieron el doloso cargo varios de los escritores que nada pueden decir que no esté dicho. Mas basta hojear la *Historia Verdadera* para saber que Bernal no sólo aplaude el nombramiento de capitán que Velázquez confirió á Cortés y que redundó, dice, en bien de la fe cristiana y servicio de su Majestad, sino que manifiesta "q̄ nunca capitan fue obedesçido con tanto acato y puntualidad En el mundo:" "todos nosotros pusieramos la vida por El;" advierte que Cortés lo merecía, porque "doquiera que ponía la mano se le hazia bien," aparte de que "en todas las batallas se hallava de los primeros," y reco-

noce, sin reticencias, que á Cortés se debió “todo honor y prez y honrra de todas las batallas y vencim^os hasta q̄ ganamos esta nueva españa; como se suele dar En castilla A los muy nombrados Capitanes y como los rromanos daban triunfos a pompeyo y a Julio cesar y a los cipiones mas diño es de loor nro cortes q̄ no los rromanos.” Semejantes encomios son hijos de una admiración sincera, nunca de la ruin pasión de la envidia.

Si juzgamos ahora á nuestro autor en su carrera militar, le hallaremos adicto siempre á su rey é invariablemente fiel á sus jefes. Razón tenía Cortés para elogiarlo por la conducta que había observado durante la conquista de la Nueva España, “como en la ida que hize a Honduras y en Guatimala y en otras muchas provincias,” pues, según hemos visto, repetidas ocasiones sobresalió el autor en el cumplimiento de sus deberes y evidenció su valentía con las graves heridas que recibió de los indígenas. Aun podemos decir que rayaba en la exageración su celo de buen soldado. Cuando acompañó á Cortés á auxiliar á los naturales de Chalco, le fué mandado que asaltara, en unión de sus compañeros, un gran peñol donde se habían hecho fuertes muchos guerreros mexica; obedeció al punto el autor, comenzando á subir á la cabeza de los asaltantes; las solas piedras que desde la cima bajaban con fuerza irresistible, mataron luego á cuatro castellanos y descalabraron ó hirieron á los demás, lo cual obligó á Bernal á hacer alto y á refugiarse en una cavidad que cerca de él estaba; cuidó entonces de gritar al capitán Pedro Barba que marchaba atrás; señor capitán, no suba, no suba adelante, no sea que vuelva rodando; ofendióse Barba, que era sin duda bastante quisquilloso, y contestó con desdeñoso enfado: eso no había de decir sino ir adelante; muy lastimado Bernal, replicó al momento: pues veamos cómo sube adonde yo estoy; y todavía trepó mucho más arriba; en aquel instante soltaron los mexica una represa de piedras que bajando con violencia

estrepitosa hirieron á Barba y mataron á uno de sus soldados. Barba no insistió ya en subir.

Aunque exageradamente celoso de su buen nombre de soldado, el autor jamás llega á manifestarse fanfarrón; al contrario, confiesa sin empacho que antes de entrar en las batallas se le “ponia vna como grima y tristeza En el coraçon y ayunaba vna vez o dos” y que aun le “tenblava El coraçon porq̄ temia la muerte.”

Lo que más caracteriza á Bernal es su ingenua franqueza, que así le hace confesarnos sus grandes pavores como aseguramos que fué uno de los más distinguidos soldados de Cortés. Muchos críticos rigoristas han tomado pie de esto último para acusar al autor de inmodesto y vanidoso, y consiguientemente, para reprenderle con excesiva severidad. Nosotros pensamos que si acaso Bernal cometió ambos pecados, lo hizo sin dolo, con el inocente fin de proporcionarse (muy de tarde en tarde por cierto), pequeñas satisfacciones que á nadie herían ni tampoco descansaban sobre la mentira. En efecto, dista mucho el autor de causar el menor mal cuando íntimamente convencido escribe, un tanto ufano, que no le contaminaron los grandes vicios que reinaban en la isla de Cuba; que él tuvo siempre “çelo de buen soldado;” que se contó entre los doce confidentes de Cortés, á quienes “dava dios graçias y buen Consejo para aconsejar q̄ Cortes hiziese todas las Cosas muy bien hechas;” que “si se ynprime [la *Historia Verdadera*] desque la vean E oygan la daran fee verdadera y escureçera las lisonxas quescribieron los pasados,” etc. Solía inspirar á Bernal profecías intachables su clarísimo juicio.

Los primeros de los críticos rigoristas á que antes nos referimos, fueron los dos licenciados guatemaltecos que pidieron prestada á Bernal la *Historia Verdadera*, y que, después de haberla leído, le dijeron que les parecía que se alababa demasiado en ella. El autor les hizo notar, ante todo, que cuanto manifestaba era verdad, y después, las

buenas razones que había tenido para hablar de su persona. Alegaba con calor que no se le debía negar el derecho de dejar memoria propia para que sus descendientes pudieran decir: "estas tierras vino a descubrir y ganar mi padre a su costa y gasto la hacienda que tenia en ello y fue en lo conquistar de los primeros;" recordaba que él estuvo "en muchas mas batallas y rrencuentros de guerra que dizen los escriptores que se hallo Julio cesar," é infería de aquí que si éste escribió sus hechos, él podía, con mayor razón, escribir los suyos; advertía, en fin, que si quitara su honor á los otros soldados, fuera bien que se le reprendiera, mas como no hacía esto ni faltaba en cosa alguna á la verdad, ¿por qué no había de hablar de sus buenos servicios? "y avn con letras de oro auia de estar escripto [¿]quisieran que lo digan las nubes o los pajaros que en aquellos tiempos pasaron por alto y quisolo escriuir gomara ni yllescas ni cortes quando escriuia a su mag[?]" Entendemos que nada replicaron al autor los dos severos licenciados guatemaltecos.

Muy poco nos será dado decir acerca de la instrucción, filosofía y religiosidad de Bernal, porque al escribir la *Historia Verdadera*, se propuso únicamente narrar los sucesos de la conquista de la Nueva España que él mismo había presenciado ó que le constaban por haberlos oído de testigos veraces, y para llenar su propósito no necesitaba en manera alguna ostentar erudición, ni entrar en profundas consideraciones filosóficas, ni hacer una profesión de fe, sino sencillamente referir lo que había visto ú oído.

Con todo, la *Historia Verdadera* contiene algo que nos indica la ilustración del autor. Aludimos á su riquísimo vocabulario y á la deliciosa facilidad é indisputable pureza de su estilo, que, á pesar de sus descuidos frecuentes, no discuerda del "comun hablar de castilla la vieja," según observaba desde 1568, el sabio letrado "muy rretorico" de Guatemala y lo confirmó la Real Academia Española, cer-

ca de dos siglos después, incluyendo á nuestro autor en el catálogo de autoridades de la lengua.¹ Nos referimos también á los conocimientos que descubre Bernal en literatura é historia. Es innegable que había leído diversas obras literarias, inclusive, necesariamente, las de "Amadis o cavallerias," que á la sazón estaban muy en boga. Cita con sencilla naturalidad, hechos de Salomón y de José; de los Reyes de Egipto; de Alejandro, Aníbal y Mitridates; de los Scipiones que alcanzaron triunfos gloriosos, Pompeyo y Julio César, de quien transcribe algunas palabras; de Atila y Atalarico; de don Jaime de Aragón, Gonzalo Fernández de Córdoba y Diego García de Paredes. Conocía, en general, la conducta militar de los "grandes rreyes e balerosos Capitanes," sobre todo, los nacidos en la Península. Y respecto de la conquista de la Nueva España, había estudiado y cotejado las relaciones de Cortés, Giovio, Gomara, Las Casas, Illescas y otros libros "modernos y coronistas," faltos de originalidad, porque copiaban á Gomara. Podemos decir, por tanto, que Bernal era no sólo instruído sino aun medianamente erudito, y con mayor razón, si tenemos en cuenta su época.

Fruto de su propia experiencia son ciertas reflexiones filosóficas que formula de cuando en cuando sin ninguna presunción. Nos dice, así, que "la adversa fortuna buelve de presto su rrueda," y que el oro "quebranta peñas." Por esto dejó á su patria, confiado puntualmente en que la divinidad voluble le daría acá el precioso metal, y seguro de llegar á ser con él un gran señor de poder omnímodo. Empero, no pensaba valerse de medios ilícitos: sabía bien "q

¹ Diccionario de la Lengua Castellana. Madrid, 1726-39. Tomo I, pág. LXXXXI. El impecable lingüista don Juan Mir y Noguera, pone también á Bernal en la lista selecta de autores clásicos españoles. Véase su obra Frases de los Autores Clásicos Españoles. Madrid, 1899. Pág. XXXVI.

el q̄ con mal anda en peor acaba;" además, si es verdad que ambicionaba el oro, su ambición no excedía de la que por lo común tiene todo mortal, antes bien era menor, porque si escapó con vida durante la Noche Triste, se debió á que no caminaba cargado de oro como la mayor parte de los castellanos, que por el gran peso que llevaban no pudieron huir: "yo digo que no tuve codicia, sino procurar de salvar la vida." La idea que se había formado de la humanidad, no era optimista ni pesimista; colocado en justo medio, no veía iguales á todos los hombres ni en bondad ni en maldad, ni tampoco en inteligencia ni en estupidez: "los coraçones de los hombres [decía] son de muchas calidades, e pensamientos." Persuadido de que el hombre se ama á sí mismo y no ama á su prójimo, manifestaba que "mal ageno de pelo cuelga," y hacía notar que movidos por este egoísmo ansiamos, "desde luçifer," dominar á los demás, y propendemos, muchas veces, á no dejar cosa que podamos infamar, que no infamemos.

Finalmente, Bernal fué un creyente sincero que tenía inconvencible fe en la omnipotencia divina. Si él mismo había llegado á viejo, no obstante haber concurrido á más batallas que Julio César y haber quedado herido innumerables ocasiones y haberle "engarrado" los indígenas para sacrificarlo á sus ídolos; se debía tan sólo á que Nuestro Señor Jesucristo y su bendita madre la Virgen María le habían querido salvar de tantos peligros con su infinita misericordia "pā q̄ aga agora esta memoria o rrelaçion," que era la *Historia Verdadera*. Cumplía Bernal fielmente con las prácticas religiosas; rezaba, oía misa y tomaba parte en las procesiones; antes de entrar en las batallas, ayunaba "vna vez o dos," como hemos dicho, y si durante ellas se veía en peligro de muerte, invocaba de manera muy fervorosa á las potencias celestiales para que le dieran esfuerzo y no le dejaran morir.

Sin embargo, la religiosidad del autor no llegó á dege-

nerar en el grosero fanatismo que fué tan general entonces á sus compatriotas, inclusive los que alcanzaron mayor cultura. El mentado bachiller Martín Fernández de Enciso manifestaba que en el cabo de Santa Cruz, de la isla de Cuba, la Virgen María, muy hermosa y vestida enteramente de blanco, guerreaba contra los naturales y los "mataua á todos á palos,"¹ hecho sin precedente que fué prohijado por Pedro Mártir Angleria, sin que á ello se opusieran su excepcional inteligencia y refinada ilustración;² el discreto fray Pedro Ruiz Naharro afirmaba que el apóstol Santiago mató en el Perú más indios él solo "que todos los españoles juntos;"³ el muy erudito Gonzalo Fernández de Oviedo y Valdés añadía que el caballo blanco que montaba el animoso Apóstol, "con los piés é manos é con la boca mataba muchos [indios];"⁴ para no multiplicar las citas, añadiremos únicamente que el eximio Francisco López de Gomara escribió que la Virgen María, con sus propias manos purísimas echaba á los naturales de la Gran Tenochtitlan "polvo por las caras y los cegaba:"⁵ al decir del presbítero

1 Suma de geographia. Seuilla. 1530. Fol. 53, 2º (La 1ª edición es de 1519.)

2 Libros rarísimos que sacó del olvido, traduciéndolos y dándolos á luz en 1892 el Dr. D. Joaquín Torres Asencio. Madrid. 1892. Tomo II, págs 131-36. (Mártir publicó la 1ª de sus Décadas en 1511.)

3 Relación de los hechos de los españoles en el Perú desde su descubrimiento hasta la muerte del Marqués Francisco Pizarro. En Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, ya citada, tomo XXVI, pág. 245. (No hemos podido indagar la fecha exacta en que escribió fray Pedro; mas debe de haber sido á mediados del siglo XVI ó poco después, porque pudo recoger sus noticias de labios de algunos de los conquistadores del Perú.)

4 Historia General y Natural de las Indias, Islas y Tierra-Firme del Mar Océano. Madrid, 1851-55. Tomo II, pág. 511. (Oviedo imprimió un Sumario de esta obra en 1526.)

5 Hispania Victrix. Primera y segunda parte de la Historia General de las Indias. En Biblioteca de Autores Españoles. Madrid. 1851-80. Tomo XXII, pág. 364. (Dijimos ya que la 1ª edición fué dada á la estampa en 1552-53.)

don Joseph Mariano Estevan de Bezanilla Mier y Campa, la Virgen celestial hizo igual cosa en Zacatecas, donde una imagen suya, que recibía culto en la iglesia parroquial, conservaba, todavía hacia 1736, "en sus sacratísimas manos un puño de tierra de color blanco apastillado, ó como la canteria."¹ Bernal, por lo contrario, desechaba estos milagros ó hechos absurdos. Indudablemente que no concebía á la divinidad sino á imagen y semejanza del hombre, una vez que otra concepción ha sido siempre imposible para el torpe entendimiento de los mortales; pero queda también fuera de duda que Bernal no ponía en la divinidad un odio tan injustificado ni una crueldad tan salvaje, como encebaban en ella casi todos los castellanos de la época. Bernal, que se había acuchilleado con Godoy por defender á los indios, no podía admitir que la divinidad manchara sus manos con la sangre de estos infortunados. Niega, así, rotundamente, que durante la batalla de Tabasco se aparecieran los apóstoles Señor Santiago y Señor Pedro para combatir á los naturales; pudiera ser que fueran, dice con fina ironía, "E yo como pecador, no fuese dino de lo ver lo que yo entonces vi y conosco fue a fran^{co} de morla En vn cavallo castaño, que venia juntamente con cortes." En cambio, Bernal aceptaba los milagros que obraba el poder divino en ayuda y socorro de los hombres; nos habla, por ejemplo, de "los santos milagros que a hecho y haze de cada dia" Nuestra Señora de Guadalupe, esto es, de los beneficios que prodigaba la Virgen mexicana remediando las necesidades y aflicciones de cuantos la imploraban. Nos habría hablado, además, de su maravillosa aparición, al indio Juan Diego, si la hubiera conocido. Le habríamos oído entonces ardientes frases de admiración y entusiasmo en loor de una Virgen que abandona su celeste corte para descender hasta

1 Muralla Zacatecana. México. 1788. Pág. 29.

la tierra á defender y amparar á los indios, con su divino amor, por los siglos de los siglos, á pesar de sus decantadas maldades, de su arraigada idolatría y de sus horrendos sacrificios; Virgen sin igual de rostro inmensamente tierno, según convenía á la madre adoptiva de seres tan desventurados; que traía un corazón limpio de la más leve mácula y desbordándose en él una piedad infinita; dulcemente juntas las manos en señal de que no venía á dañar á nadie, sino á difundir entre todos paz y concordia; su porte sencillo y modesto, á fin de no lastimar la humildad y pobreza de sus nuevos hijos. Mas el autor no pudo tener noticia de esta visión encantadora, hija del más puro idealismo, porque consta que la Virgen ocultó cuidadosamente su origen sobrenatural, y que no fué descubierto sino hasta 1648 por el bachiller Miguel Sánchez, aunque se ignora de qué modo lo descubrió. En la misma obra que Sánchez dió á la estampa, confesaba de la mejor buena fe el Lic. Luis Lazo de la Vega, vicario de la ermita donde era venerada la Virgen de Guadalupe: "Yo, y todos mis antecesores hemos sido Adanes dormidos poseyendo á esta Eva segunda en el Parayso de su Guadalupe Mexicano."¹ Esta tardanza en conocer el prodigio celestial no era absolutamente extraordinaria, porque varios siglos antes, otra imagen de origen milagroso, llamada también de Guadalupe, "la qual se dize que hizo Sant Lucas,"² había permanecido en la provincia de Extremadura de España, "dētro de vna iglesia pequeñuela, en forma de cueua," sin que nadie lo sospechara, desde el año del Señor de 714 hasta el "de mil y

1 Imagen de la Virgen Maria Madre de Dios de Gvadalupe, milagrosamente aparecida en la Ciudad de Mexico. 1648. Fol. 6.º preliminar.

2 Pedro de Medina. Libro d'grandezas y cosas memorables de España. Alcalá de Henares. 1566. Fol. lxxv vto.